

RAFAEL MARIA BARALT

# IDILIOS



Publicación Especial  
de la  
REVISTA NACIONAL DE CULTURA

Ministerio de Educación  
Caracas  
Enero-Febrero de 1958



## I.—LA DECLARACION

**E**RA una hermosa tarde; era aquella hora en que el sol, al ocultarse, tiñe de mil colores el cielo; hora de religioso encanto, en que vaga melancólico el pensamiento y siente el corazón indefinible ternura. Dejábanse ver azules, casi sin perfiles, las lejanas montañas por entre un vapor blanquecino que como velo transparente las cubría. El soplo errante de la brisa mecía las copas de los árboles y silbaba blandamente entre el ramaje, en donde brillaba y desaparecía y tornaba a brillar por instantes la luz fosfórica del cocuyo. El canto triste de algunas aves se mezclaba al estridor prolongado del grillo, la grey mugiendo con paso perezoso se acercaba al redil y los pastores la abandonaban de cuando en cuando por detenerse a escuchar las apagadas vibraciones de una lejana armonía. Damís y Emira bajaban en aquel instante al valle, entretenidos en dulcísimo coloquio.

—Hoy puedo hablarte, pastora, tal vez porque en la estrechura en que a ti me reuní, no podías evitar mi encuentro con la facilidad con que sueles hacerlo en la llanura. Huyes de mí, Emira, y yo te busco como busca trébol el ganado y el extraviado corderillo a su afligida madre. Huyes de mí, Emira, que te amo como ama el colibrí el cáliz de las flores y como aman las flores

la luz y la frescura de la mañana. ¡Feliz el que posea tu cariño, zagala amable, porque el contento morará en su pecho! ¡Desgraciado de mí que lloro tu desprecio!

—¿A cuántas zagalas has hecho, Damís, la relación que a mí me estás haciendo? La habrá oído, sin duda, Ida la hermosa, para quien tienen tanto atractivo tus canciones, y la altanera Clori, a quien ablandan los sonidos de tu flauta, y Filis, que se puso ayer una guirnalda de rosas, cogidas por tu mano en la cañada. Habla a ellas de tu amor, sensible Damís, que yo no cambio mi libertad y mi alegría por mentirosas palabras.

—Testigo me es el cielo de que no merezca lo que has dicho, zagala! El otro día disputaban dos pastores el premio del canto en presencia de mucha gente de la aldea, reunida debajo de la encina grande. Por acaso pasé yo por allí, y al verme se paró el que cantaba, y con él su contrario, y algunos zagales jóvenes me invitaron a cantar para disputar el premio. Ida dijo entonces: "Canta, Damís, que tu voz es dulce al oído y conmueve el corazón". "Y si no, que acompañe a los cantores con su flauta, cuyos sonidos son más suaves que los gorjeos del ruiseñor!" —esto dijo Clori. Y yo respondí: "Amigo, ¿cómo puede cantar el que está triste? ¿cómo puede tocar el que llora? Mucho tiempo hace que mi voz no se ejercita, y bien habéis podido ver mi flauta colgada en una rama del chopo que hace sombra a mi cabaña. No me habléis de canciones ni de juegos, ni de alegres danzas, mientras la que ha robado mi sosiego no lo devuelva a mi afligido pecho!" "Roguemos a Emira que le ame!" —exclamaron, como burlándose de mí, las dos zagalas que he nombrado. Y yo, al oír tu nombre, sentí que toda mi sangre se agolpaba al corazón y que mi rostro ardía como un hierro encendido: a todos descubrí de este modo mi secreto.

—¿Y la guirnalda de Filis?

—Buscaba yo ayer un cabritillo extraviado, cuando vi a Filis cogiendo flores en el rosal silvestre que crece en el borde más escarpado de la cañada. Al divisarla (y no lo hice por huírla, sino por no interrumpir mi trabajo) torcí mi camino por una vereda, fingiendo no haberla visto; pero no había andado mucho cuando oí un grito penetrante. Era un grito de Filis, a quien había herido una espina al acto de coger una rosa. . .

—¿Y entonces restañaste con solícito cuidado la sangre que corría por su hermosa mano, y la guirnalda, que después ostentaba con tanto orgullo en la pradera, fue puesta por ti sobre sus rubios cabellos?

—Cierto es, Emira! pero no sé qué vio ella en mí cuando ya hacía eso que dices, porque al despedirse exclamó: "Tu cortesía agradezco, gentil Damís, aunque conozco que te duele no haber hecho este obsequio a otra zagala". Era por ti por quien hablaba de aquel modo, Emira!

—¿Por mí?

—Por ti, pastora, porque todos saben en la aldea que te amo. Lo sabe el bosque a cuya espesura he confiado tantas veces mis pesares; la fuente cuyas ondas puras han refrescado mis ojos, cansados de llorar tu desvío; mi descuidado rebaño; mis flores, que privadas de riego se marchitan; los árboles en que he grabado tu nombre; el día en que te veo tan cruel, y mis sueños, en que a veces te contemplo blanda a mis ruegos. Todos, todos saben mi amor y mis tormentos.

¿Y si yo te amo, Emira, por qué tú no has de amarme? ¡Cuán felices seríamos si el amor en suave yugo nos uniera! Para ti reservaría mi voz su melodía; para ti repetirían los ecos los dulces sonos de mi campestre flauta; mi mano adornaría tu seno con la primera flor de primavera, y tuyo sería el primer racimo que en la vid madurara el otoño. Cogeré para ti los pajarillos en las breñas escarpadas o en la elevada cima de las hayas; te haré en los bosques compañía y, cuando el sol nos abrase con sus rayos en la mitad del día, retirado contigo en una fresca sombra, te hablaré de mi amor y leeré el tuyo en tus lindos ojos negros y en tu amable sonrisa.

¡Amame, Emira! Huérfano al nacer, nunca oí la voz de mi madre, ni me dormí en sus brazos, ni conocí su pecho; mi padre no me sentó jamás sobre sus rodillas, ni tuve hermanos que también me amasen y que jugasen conmigo. Mi primero, mi único amor eres tú, y por eso quizá no hay amor más profundo que el que tengo por ti. Ah! me parece que en el afecto que hacia ti me

arrastra, amo a los hermanos que me negó la Providencia, y a la dulce madre que me dio la vida a costa de la suya, y a mi padre, a cuya frente jamás llegaron mis labios. . .

—Damís, amigo mío, yo también te amo. Cuando tú llorabas mi aparente esquividad, yo, creyéndote inconstante, rogaba al cielo que llenase con mi sola imagen tu corazón, bien así como el mío por ti solo y sólo para ti respiraba.



Estas páginas —como caídas del Siglo de Oro— las escribió Baralt en sus mocedades, allá por los años de 1830. Junto al recuerdo de los poetas clásicos, en ellas quedó, rural y húmeda, la brisa del valle de Caracas; en ellas está el canto y la luz de grillos y cocuyos. ¡Luz y canto; vencido soplo de los lejanos días!



